Un refugio de amor

Había declarado el estado de alarma. Las calles de vaciaron de figuras que corrían de un lado para otro exprimiendo los últimos segundos para sentir el viento en sus rostros. Nos miramos unos a otros sin saber lo que decir. En nuestro pecho el latido era inseguro y apesadumbrado. Una sombra siniestra e invisible parecía galopar sin frenos ni cuerdas por los rincones más insospechados. Los últimos rayos de sol se escondían tímidos tras las montañas y un manto de oscuridad aguardaba para tragarse los últimos jirones de luz. Yo caminaba con paso firme hacia mi casa. Mi mente era un hervidero de pensamientos. Me preguntaba una y otra vez por qué estaba ocurriendo, que se escondía detrás de esa incertidumbre que nos hacía alejarnos los unos de los otros y en las miradas se había levantado un muro desconfianza. Pensé en mi familia, en mis hijos pequeños y sentí la inmensa necesidad de correr a su lado donde me sentía seguro y vivo.

Solo allí, en aquel refugio de familiaridad, me sentí a salvo de cualquier desazón. No importaba si ahora no despertaba; mi única muerte era estar junto a los que amaba. Sintiendo que me fundía en sus risas alborotadas y en la caricia insinuante y segura, de una mano que se posaba en la mía como una mariposa que revoloteaba inquieta en mi alma. Y llegó la hora, escuchamos los aplausos en las ventanas y de los cristales surgieron palomas de diez dedos.

Juan Carlos Luzardo Morales